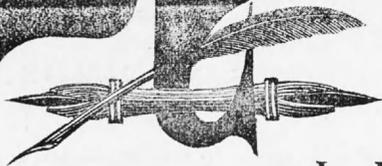


EL DOMINGO



PASATIEMPO SEMANAL ILUSTRADO.

REDACCION.

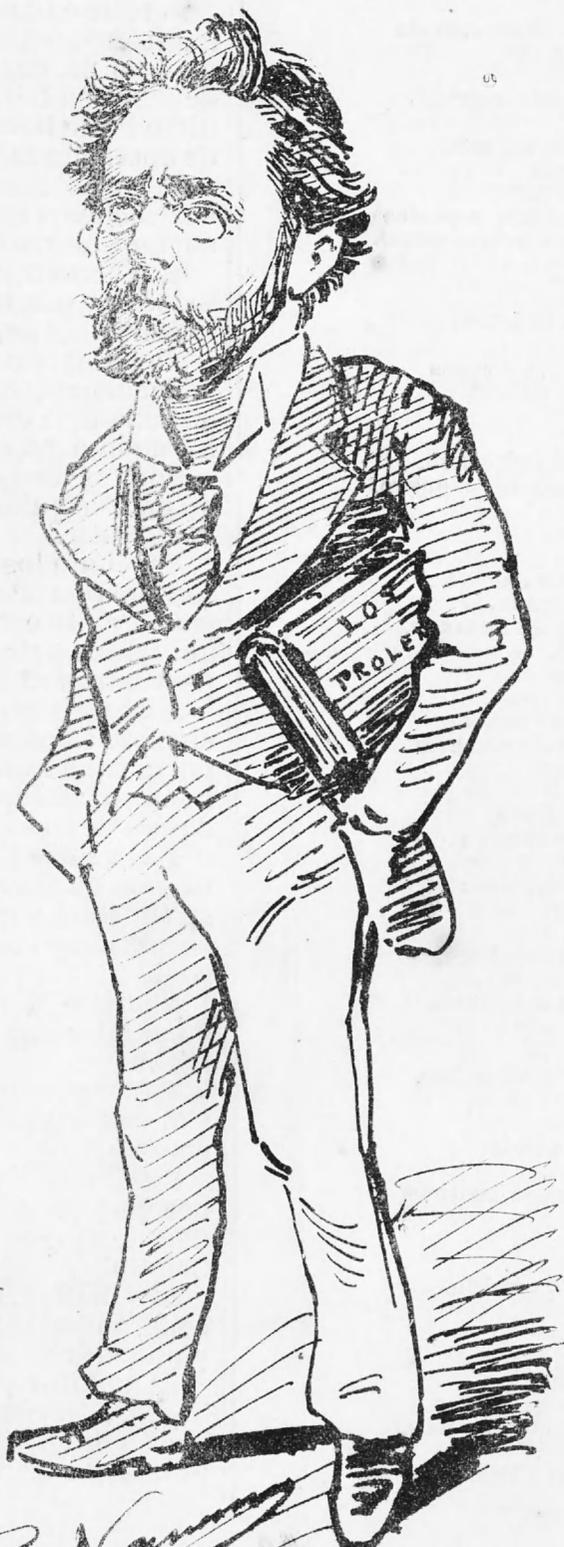
J. MILLAN ASTRAY.—R. NAVARRO.—J. PUGA.

AÑO I:

Coruña 24 de Abril 1881.

NÚM. 24.

LA GENTE DE PLUMA.—NIEVA.



R. Navarro

Espartaco de esta edad;—sus estudios literarios—pintan á la sociedad;—y dió á la publicidad—
una obra ¡Los Proletarios!!

SUMARIO.

TEXTO: De actualidad.—Sinónimos, por Vicente Platé.—Pensamientos de un fumador, por Miguel Agustín Principe.—Pois xa q' o dixo Bras..., por Francisco María de la Iglesia.—Mascar hilo, por Manuel del Palacio.—Epigrama, por Cándido Salinas.—Los amigos.—El patriota (conclusion), por F. de la Torre y Torrents.—Historia de un sombrero, por J. M. Loredo.—Recortes.

GRABADOS: por R. N.

DE ACTUALIDAD.

La eterna sucesion, la misma historia,
ese eterno martirio,
ayer felicidad hasta el delirio,
hoy acervo dolor; si la memoria
por siempre conservára,
las muchas peripecias de la vida,
ni uno solo soñára
con la dicha un instante,
pues si el mundo traidor ahora convida
á un goze, es inconstante,
y pronto se convierte
el mas puro placer en triste suerte.
Mas la filosofía
no es patrimonio de la musa mia,
y es fuerza que otro asunto
elija sin tardanza,
y aunque yo no vislumbro una esperanza
de hallar ninguno bueno, haremos punto.

* *

Dicen, mas no aseguro la noticia
ni publico secretos,
que un vate aficionado á los sonetos
que reside en la pérla de Galicia,
publicará un poema.
Ignoro forma y tema,
mas siendo de mi antiguo compañero,
que aunque algo veleidoso yo le quiero,
tendrá éxito seguro
por mi nombre lo auguro.
Ahora por fin distingo
las causas que de mi le han alejado,
estaria escribiendo y ocupado...
por eso no se acuerda de EL DOMINGO.

* *

Se comenta un suceso
y creo con verdad un gran esceso,
la invasion de *plantigrados* que ahora
á este pueblo ha invadido.
He dado ya al olvido
el número de *osos* que pasean
por la calle Real, que se recrean
mirando á los balcones.
Con tan sentimentales corazones
si tienen buen deseo,
segun las cuentas, creo,
si mis ruegos á Dios son atendidos,
que el año ochenta y uno
va á convertir diez *osos* en maridos.

* *

Una funcion anuncia El Brigantino,
un baile se prepara en El Liceo,
á gozar de las horas de recreo,
nos invitan los sócios, adivino
que en ambas sociedades
mil conquistas harán tantas beldades
que pueblan este suelo,
y tan hermosas flores,
con palabras de amores
cambiarán los salones en un cielo.

* *

Nada mas nuevo ocurre
todo el mundo se aburre
á escepcion de políticos mandones
que sueñan con cercanas elecciones,
á mi me importa un bledo
que salga concejal Pedro ó Manolo,

pero creo es perder el tiempo en balde
soñar con ser alcalde,
pues alcalde ha de ser uno tan solo,
y todós los demás, tan infelices
se quedan con un palmo de narices.

J. M. A.

SINÓNIMOS.

Cuando á uno le nacen—poco menos que á la fuerza, puesto que el que mas y el que menos se resiste, y sale llorando á este valle de lágrimas—debían los autores de sus dias poner un poco de atencion en el nombre que ha de llevar el nuevo sér.

Porque es muy triste que sin comerlo ni beberlo, se encuentre un ciudadano con un nombre sinónimo de cualquier cosa, cuyo sinónimo le ha de tener en berlina toda su vida, y por cuyo sinónimo ha de llevar desde su infancia la cabeza llena de abolladuras y otras menudencias por el estilo, regalos de sus compañeros de escuela por los berrinches y camorras á que le ha de precipitar su nombre malhadado.

Y la verdad es que se ván haciendo imposibles todos los nombres, que era necesaria una reforma en la nomenclatura de las criaturas.

No hablaré de la multitud de Juanes y de sus aplicaciones, en este nombre es donde mas se ha cebado la crónica popular y el que mas pasto ha dado á las chanzonetas por su mansedumbre.

Poco se dice de Pedro pero no faltó sin embargo un Periquito entre ellas, que trajera su nombre á mal traer.

Así como los patrocinados del Patriarca tuvieron un Don Pepito en la verbena y se dice que ¡Don Pepito está que bufa, se ha comido un barquillo! los patrocinados de San Márcos tienen mal porvenir para maridos.

Supongamos un Lúcas en quien coincide el apellido Gomez, ¡para qué quiere mas dia de fiesta! ya le ha caído que hacer al desgraciado que tal nombre y tal apellido sean su distintivo, entre los demás de su especie.

Y si vamos repasando el santoral, nos encontramos que apenas hay un nombre que no tenga su coletilla y que no pueda hacernos por algunos momentos el objeto de la broma de nuestro amigos.

Llámesese V. como quiera, alguna tradicion ó alguna anécdota habrá, que le cogerá de parte á parte.

Todos somos conservadores de esas bromas y van pasando de unos en otros hasta Dios sabe cuando.

Por eso debia meditarse antes de poner un nombre y no hacerlo á la ventura, porque si le ponen Canuto ¡qué se puede esperar de uno que se llame Canuto?

Si se llama Blas, apenas abra la boca el infeliz callarán todos y dirán dijolo Blas, punto redondo, y no tendrá una discusion posible.

El nombre influye mucho en el porvenir del hombre, juega un papel muy activo en las peripecias en su vida, y se hace necesario que no despreciemos estas enseñanzas de la práctica y ata-

quemos con valor la reforma, suprimiendo todos los nombres que han caído en desgracia.

Aunque lo mejor sería que no se nombrase contra su voluntad á las criaturas y de se dejase que ellos mismos cuando hubiesen despertado á la razón eligieran el que mejor les pareciese y de su agrado fuere, porque es una imposición odiosa esa de que apenas le nacen á cualquier hijo de vecino, le agarren por la cabeza y quieras ó nó fulanito te has de llamar.

Este ataque á la voluntad es un acto temerario, y un acto que puede tener mucha trascendencia.

Es muy usual la costumbre de poner el nombre del Santo del día en que se nace, esta costumbre es algún tanto más equitativa, pero el que tenga la desgracia de nacer el día de San Cornelio, se luce, no menos se luce Zenon y Sisenando.

Y si esta costumbre fuera obligación el que naciera el día de Santa Bárbara sería tan feliz como cualquier Silvestre.

Casi sería lo más equitativo una numeración por naciones, provincias, ciudades, distritos y barrios, con lo cual llegarían los ciudadanos á ser una cantidad impronunciable y muy difícil de retener en la memoria, lo cual reportaría no pocas ventajas á los que hoy por tener un nombre de fácil pronunciación son el tema obligado de todas las conversaciones, y cuyo nombre está siempre en boca de todo el mundo.

Por el pronto se pasaría algún tiempo antes de que se ilustraran estos nombres por sus llevadores y cuando pudieran ser sinónimos de algo las futuras generaciones se encargarían de componérselos como pudieran.

Estas líneas han sido debidas á un nombre que ha dado lugar á un incidente.

—Leon... Leon... decía un caballero al tiempo que frotaba el pulgar con el índice de la mano derecha y hacia salir el aire de sus labios produciendo un silvido cortado.

Otro caballero que marchaba á su lado le arrojó el bastón á la cabeza.

¡Se llamaba Leon!

—Caballero, V. se burla...

—Llamo á mi perro...

—¿Y por qué pone V. á los animales nombres de personas?

—Eso digo yo, ¿por qué ponen á las personas, nombres de animales?

¿Quién de los dos tenía razón?...

Meditemos.

VICENTE PLATÉL.

PENSAMIENTOS DE UN FUMADOR.

Que falte el licor de Baco,
el buen pan, la rica torta,
el gran jamon... ¿qué me importa
si en mi petaca hay tabaco?

Tal murria una vez me entró
que quise matarme ciego:
saqué un habano, eché fuego,
fumé... la murria acabó.

Es un solemne zamarro
á mi modo de entender,
el que tiene á su mujer
más amor que á su cigarro.

¡Flores en la boca! ¡Ay, Clara!
quítate ese tapaboca;

¿dónde hay flor para la boca
como un cigarro de á vara?

Lo que cierto mediquillo
no pudo hacer con mi mal,
lo hizo ayer con mucha sal,
¡oh qué pasmo! un cigarrillo.

Segun pienso y conjeturo,
el cigarro es como el vino;
¿quereis usarlo con tino?
pues ¡firme! cigarro, y puro!

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

POIS XA Q' O DIXO BRAS...

Bras di que ten concencia do que fala
Pro vai sempre ó rivés do seu xuicio,
Severo e-os demais bate no vicio,
Non desterrand' o seu, do que fai gala.
En canto mana del... ¡n' hai cousa mala!
¿Quién soña en corregir seu mal servicio
Que louco entrar non queira en egercicio
C-o seu linguaje ruin, q' a peste exhala?
—¡Todos treidores son! ¡Todos farsantes!
Non vexo homes de lei—dí carragento—
N-o mundo n' hai virtú nin patriotismo.
¡Tod' é hipocritada... en fin, bergantes,
Dinos de pau da forza e do tormento!—
¿Pro quén badua así?... ¡O Egoismo!!

FRANCISCO MARÍA DE LA IGLESIA.

Abril de 1880.

MASCAR HILO.

Niña, pues te gusta el juego
y te empeñas en jugar,
un juego voy á enseñarte
que acaso tú no sabrás.

Yo lo aprendí cuando jóven
con muchachas de tu edad,
y sólo de recordarlo
mi corazón brinca ya.

Toma un hilo, blanco ó negro,
que para el caso es igual,
y parte un trozo que tenga
dos ó tres varas lo más.

Coge una punta en tus dientes,
y con mucha suavidad
yo cogeré la otra punta,
poniéndonos fáz á faz.

Mascando los dos á un tiempo
la distancia acortará;
mis labios hácia tus labios
aproximándose irán,
y cuando el hilo se acabe...
volveremos á empezar.

MANUEL DEL PALACIO.

EPÍGRAMA.

De sorpresa en actitud
á Luis le dijo su esposa
—¡Luis, Luis, sabes una cosa...
dieron á Blas la gran cruz!
A lo que repuso Luis
—Nada le dieron de mas,
siendo de los que hacen Blas
el calvario del país.

CÁNDIDO SALINAS.

REFRANES



Al que no esto á
las costuras le lla

TELLANOS.



á bragas
lagas.

LOS AMIGOS.

Dichosos los que pueden decir que tienen amigos.

Dichosos mil veces los que en el seno de la dulce amistad pueden hallar consuelo para sus pesares, plácemes para sus satisfacciones.

A los amigos les pasa sin embargo lo que á los garbanzos. Los garbanzos al decir de los comerciantes todos son de Fuente Sauco, aunque se hayan plantado, crecido y recogido en Alvedro ó en Villaviciosa; los amiguitos tambien, todos son verdaderos, al ofrecerse generosos para cosa que no lo merece, pero cuando se les necesita, entonces se vé, que son muy pocos los que proceden de Fuente Sauco, quiero decir, los que hablan con sinceridad ó buena fé.

La palabra amigo, que debiera valer tanto como la de hermano, tiene hoy muy diversa significacion y desgraciadamente en el terreno de la práctica se confirman nuestras sospechas.

Pregunten ustedes al amigo del médico Alarcon, que *puntos alcanza* el Doctor, y empezará por decirles que es una persona muy buena, incapaz de faltar á nadie, que cumple á carta cabal todos los deberes religiosos y aun que es un excelente padre de familia, pero es seguro que se callará respecto á las recetas del Galeno, porque el *amigo* siempre contesta á lo que no se le pregunta con la sana y recta intencion de que insistan los curiosos en sus averiguaciones.

Al ver la insistencia el buen amigo del Sr. Alarcon, contestará diciendo, que como médico, no puede hablar porque sabe que se le murieron varios enfermos, y que ha operado con desgracia á cinco ó seis ciudadanos, esto lo dice sin ánimo de perjudicarlo, y siendo víctima de la amistad, hay que suponer lo que diria el buen señor, si no atendiera á tan enorme consideracion.

Pero los mejores amigos son los de los escritores, y demás gente de pluma.

Como el artículo, la poesia, la gacetilla, pertenecen al público, todo Dios se entera y todo Dios juzga.

Esto es justo y altamente lógico, puesto que el que paga tiene derecho á aprovecharse del género.

Los indiferentes podrán apreciar las obras del literato con más ó ménos pasion, pero los *amigos* del autor, es seguro, segurísimo que siempre la han de apreciar de la misma manera.

—¿Ha visto V. la poesia de Pepe?

—Sí, hombre, el muchacho promete, y á fé que me alegro mucho, porque es amigo mio.

—Pero con franqueza le agradó á V.?

—Hombre, diré á V., Pepe es buen chico, es amable, simpático, decente; pero no creo que hace bien los endecasílabos, y me callo porque es uno de mis mejores amigos.

—Me alegro de que usted diga eso, porque es mi opinion. ¿Y qué le parece á V. de la estrofa segunda?

—Eso es mas delicado, yo como tambien escribo me parece que solo es bueno lo mio..... quiero decir..... que solo es bueno lo de los demás, pero en esta ocasion Pepe no estuvo á gran altura, y eso que yo le he repetido que habia escrito una

composicion magistral, y hasta creo que él se la tragó.....

—¿La qué? ¿La composicion?

—La filfa que yo me he permitido. Es muy vanidoso, y si no fuera un *compañero* y un amigo querido le aseguro á usted.....

—Vamos hombre, sea V. franco.

—Debiera de serlo, porque algunos creen que con tener facilidad para escribir ya pusieron un pié en Roma.....

—Si, ustedes los que meditan mucho y tardan...

—Yo tardo, pero lo que sale de mi pluma lo puede leer cualquiera...

—El amigo del que habla aparte, ¡Desgraciado!

—Pues bien, amigo mio...

—Haga usted el obsequio de suprimir ese cariñoso tratamiento, estoy mejor sin él, siga, siga...

—Pues bien, decia que la estrofa, no es estrofa, no es nada. Si Quintana levantara la cabeza; si alentara por un instante Martinez de la Rosa... qué lástima que Pepe que es casi un hermano...

—Noto, señor mio, que va usted á convertir al pobre Pepe en su papá...

.....
Dejemos al amigo del poeta, ejemplar que abunda muchísimo, y que está en perfecta consonancia con el conocido dicho de «que amigos tienes Benito.»

Los *amigos* del Letrado acabarán por decir que no sabe defender un pleito, los del pintor, porque pinta con escoba en lugar de pincel, los del marino por asegurar que tiembla como una gallina cuando se riza el mar y así todos hablan de todos movidos la mayor parte de las veces por esa noble pasion que se apellida envidia, y que tiene hondas raices en los corazones de muchos.

No quiere esto decir que no existan amigos verdaderos, librenos Dios de sostener semejante tesis.

Si no existiesen, el mundo seria un desierto, la sociedad imposible, la vida una carga insostenible.

Pero en estos renglones hicimos referencia á esa infinidad de seres que *pupulan*, por do quier, (y esto de *pupulan* es de un *amigo* mio,) y que con la capa de amigos son bastante perniciosos para todo, y una especie de *filoxera vaxtatriz*, que todo lo inunda, y que aun no se descubrió la sustancia que pueda esterminarlos de raiz, por mas que un célebre químico francés asegura que hay un específico, único medio para acabar con esa clase de bicharracos, y que sin venderse en ninguna farmácia, ni elaborarse en ninguna retorta, produce grandes ventajas y se llama *Mépris*.


 EL PATRIOTA.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA.)

(Conclusion.)

IV.

¿Qué voz en los aires gira
Sobre el rendido mortal
Que á su tienda se retira,
Y suavemente suspira
Con dulzura sin igual?

¿Dónde su poder se asienta
Que dominando la altura
Al génio del mal ahuyenta,
Y en horrorosa tormenta
Confunde su vil locura?

¿Quién eres, éco divino,
Que al éco de maldicion
Arrojas de tu camino,
Y curar sabes con tino
Las llagas del corazon?

¿Dónde tu principio ocultas?
¿Dónde el palacio en que moran
Las grandezas que consultas,
Pues la soberbia sepultas
Consolando á los que lloran?

Perfume das á las flores,
Dulces brisas á los mares,
Viven en tí los amores,
Se concluyen los dolores
Y se alejan los pesares.

Infundes al pecho aliento
De quien perdiera un momento
El fuego que en tí se alcanza,
Devolviendo el pensamiento
Las alas de la esperanza.

Al patriota, vencido,
Mientras tanto ¿qué le has dado?
Salió del combate herido
Para verse perseguido
Si no vive desterrado.

Mas ¡ay! á su corazon
Diste ardiente y pura llama,
Y además la bendicion
De la afligida nacion
Cuyo recuerdo lo inflama.

Cuanto mas el cruel dolor
Su noble pecho taladre,
Su aliento será mayor:
Pide venganza una madre,
La pátria, todo su amor.

V.

—¿Quién eres, el errante peregrino
De la tez negra, de la ardiente planta?
—Soy el soldado que al destino sigue
Buscando el cielo de la triste pátria.

¿No encontrará una sombra mi fatiga?
—La de la noche por do quier te aguarda
Mientras el sol no alumbra los laureles
Que te esperan al fin de la jornada.

—¿Y si esa luz al acabar no brilla?
—Tampoco entonces acabó tu marcha:
Tu destino es seguir siempre adelante,
Tu descanso mejor es la batalla.

—¿Más ni una sombra encontraré á mi paso?
—En la pátria hallarás lo que te falta:
La sombra que mitigue tus fatigas,
Y el ángel que reciba tus plegarias.

—¡Ay! y si antes me faltaran fuerzas?
—Jamás la fuerza le ha faltado al alma,
Cuando quiere romper á toda costa
Los hierros con que oprimen á su patria.

—¿Pero qué sirve, si la vil materia,
Sucumbe antes que empiece la jornada?
—Si se postra tu cuerpo miserable
Es que una sombra ya buscó tu planta:

Las ramas de un ciprés sobre tí erguidas,
Llorarán para siempre tu desgracia.

—Oh! tú, que así del porvenir te ocupas,
¿Quién eres? ¿á do vas? ¿dónde te hallas?

—Yo soy del génio el aliento
Que preside en la ancha esfera
De todo ser la carrera
Cuando no lo impulsa el mal;
Deshago las tempestades
Que el encuentra en su camino,
Y acaricio su destino
Por la region inmortal.

Hijos dí al mundo en el arte
Que el arte enseña en la tierra,
Hijos tengo que en la guerra
Por mi supieron brillar;
A lienzos mil dí la vida;
Y á los bronce y al acero,
Mil formas con que el guerrero
Se pudo immortalizar.

En mi se alienta el trabajo
Y en mi seno encuentra un nombre
La accion bendita en el hombre
Por su afan y su saber;
Son sus obras mi elemento,
Mis alas sos sus grandezas,
Y mi vida, las proézas
Con que se hace conocer.

Soy el rayo que fulmina
De su clara inteligencia,
Y en guía de su conciencia
Me trasformo con afan;
Sirvo de luz á sus obras,
Y la imágen que concibe,
De mi, la vida recibe,
Cuando grandeza le da.

Yo soy, en fin, quien tú buscas!
Si te guio en la jornada
Será tu pátria salvada
De la bárbara opresion:
Sigue soldado tu marcha...
Tras el cielo de tus sueños,
Sus horizontes risueños
Reclaman tu corazon.

—A quien solo vivió de acerba pena
¡Oh, génio bienhechor! allá ¿qué aguarda?
—A tu sien ceñirán una corona
Con las flores mas caras de tu pátria.

—No quiero, pues, descanso ni mas sombra
Que aquella que tu aliento me depara...
Guíame presto, yo seré tu brazo.
—Yo seré quien te lleve en la batalla,

Para que al fin coloquen en tus sienes
El símbolo inmortal de tus hazañas.
—Vuelvo á encontrar la senda... ya te sigo.
—Pronto por ella te verá la pátria

Con sus torpes tiranos humillados
Y sus hierros quebrados á tus plantas.
—¡Gracias! ¡oh, génio! que por tí vencemos.
—¿Por mí? no tal: tu amor salva á tu pátria.

F. DE LA TORRE Y TORRENTS.



HISTORIA DE UN SOMBRERO.

Antes de empezar á relatarte mi triste historia,
voy hacerte una pregunta, querido lector, y á la par
á darte un consejo. ¿Tienes sombrero de copa?
Sí? Pues provéete de un paraguas, si no lo tienes, y
no lo abandones jamás, ni dejes nunca el sombre-

ro de la mano, sobre todo cuando vayas de visita ¡Ah! si mi dueño hubiera hecho eso, no me veria yo en esta situacion. Pero escucha y juzga.

Nací en una elegante sombrerería, y merced á las diferentes operaciones que conmigo hicieron, bien pronto pasé á ocupar un puesto de honor en el escaparate, entre multitud de compañeros.

Allí pasé una vida tranquila y sosegada, siendo la admiracion y envidia de las gentes que al pasar por delante de nosotros detenian su paso para admirar nuestro brillo y forma elegante, ya que no nos podian llevar consigo.

Un dia, cuando mas tranquilo estaba yo, sentí que me cogian, y que despues de presentarme á un jóven elegante, éste me colocó en su cabeza dándome cierta inclinacion hácia el lado izquierdo. Debió quedar satisfecho de mí, pues le oí decir: «Este me está bien,» y despues dió cuatro cositas redondas de color blanco, y que despues he sabido eran duros. Yo, si he de ser franco, tambien habia quedado satisfecho de mi mismo al verme reproducido en un espejo, y hasta estaba orgulloso por aprisionar aquellos cabellos rizados y que exhalaban grato perfume.

Despues de haberse mirado en el espejo dos ó tres veces mi jóven amo, salimos á la calle, conociéndosele en el modo de andar y en lo erguido de su cabeza que iba como diciendo á todo el mundo: «Mirad que sombrero tan flamante.» Yo tambien iba contento, pues que iba á ver mundo, sin comprender ¡inocente! que desde aquel momento empezaban para mí los peligros y sinsabores.

Despues de haber recorrido varias calles, llegamos á un café, y acercándose mi dueño á una mesa donde habia varios jóvenes, acogieron su llegada con estas voces:—¡Ola, Arturo! ¿cómo te va?—Chico ¡qué chistera tan flamante traes!— ¡Tiene muy buena forma! Todas estas exclamaciones las acogimos con gran satisfaccion; sobre todo yo, al verme ponderado de ese modo, estaba radiante de felicidad. Pero ¡ah! ésta no habia de ser muy duradera.

Así estuve unos cuantos dias, causando la admiracion de los que me veian y el orgullo de mi amo. Una noche ¡oh! (se me pone el pelo de punta al recordarlo), una noche fuimos á un baile de máscaras, espectáculo nuevo para mí y en el que gocé mucho escuchando las bromas que á mi jóven amo daba una mascarita, que debia ser muy bonita. Apénas habiamos salido á la calle, cuando yo percibí una impresion nada agradable al sentir caer sobre mi unas cositas que me humedecian. Inmediatamente mi amo sacó su pañuelo y empezó á sacudirme con él, volviéndome á colocar en su cabeza, y empezó á andar muy de prisa. Esto de nada sirvió, pues al poco rato empezó á llover (segun luégo oí decir), y en este estado llegamos á casa ¡pero cómo! Yo, poco ántes tan erguido y brillante, me inclinaba á cualquier lado; y mi pelo, perdiendo su simétrica direccion, presentaba un conjunto que me horrorizaba. ¡Estaba calado hasta los forros!

Al dia siguiente, cuando mi amo se levantó su primer cuidado fué cogermelo y empezar á darme fricciones con un paño y cepillo; pero nada: mi pelo el dia ántes tan dócil, se encontraba entonces indómito y rebelde. Por fin se cansó de acepi-

llarme, y me mandó á casa del sombrerero. Este, merced al fuego con la plancha y á una buena cantidad de cola, pudo conseguir que me enderezase y que brillase otra vez; pero cuando salí de allí, ya no era el mismo de ántes, así es que mi amo me miró con cierto desden, y colocándome sobre su cabeza con algun despecho, salimos á la calle. Ya nadie paraba en mí su atencion. ¡Habia descendido á la categoria de sombrero planchado!

Aquel dia lo destinamos á hacer visitas, y ¡ojalá no lo hubiéramos hecho! Despues de haber recorrido varias casas, y en las que mi amo me habia dejado colgado en unos ganchos, llegamos á una en que no hizo esto, sino que entró en una lujosa sala, llevándome en su mano. Al poco rato salió una señora jóven y bella, la que despues de saludarnos invitó á mi amo para que me abandonase; éste resistió al principio, pero al fin cedió, dejándome sobre una butaca. Apenas me habia colocado allí, cuando salió otra señora enormemente gruesa, la que despues de los correspondientes saludos, vino á sentarse en la misma butaca en que yo estaba! Por pronto que acudió mi dueño, ya era tarde, y yo senti sobre mi el peso de aquella mole que me dejó hecho una oblea. La señora en seguida se levantó, y mi amo extendió su mano trémula, me cogió y empezó á darme sendos golpes por dentro de la copa, al mismo tiempo que balbuceaba:—«No ha sido nada, no ha sido nada.» ¡Nada, y estaba todo magullado!

Al poco rato salimos, y en la escalera me encasquetó mi dueño en su cabeza, echando á correr como alma que lleva el diablo. Ya en casa, me quitó con rabia, y tirándome dos ó tres veces contra el suelo, hizo que mi desgracia fuera aún mayor; por último, me llevó á un cuarto oscuro, y allí me arrojó dándome un puntapié. ¡Ya habia llegado á la categoria de sombrero apabullado, y allí me arrojaba al olvido!

Un dia me sacaron de aquella oscuridad, y escuché que decian:—«¡Es famoso, nos sirve!» ¿Sabeis á lo que me destinaban? A cubrir la cabeza de un cesante en una comedia casera. Desde entonces, este es mi oficio. Yo, tan espléndido y magnífico al empezar mis servicios, no sirvo hoy más que para eso. Pero en medio de todo, no me quejo, pues paso una vejez mediana, aun cuando, ¿quién sabe lo que aún me está reservado?

Así, querido lector, no eches en olvido mis aventuras, y sobre todo, sigue el consejo que te he dado, hijo de la más sábia experiencia.

J. M. LOREDO.

RECORTES.

Algunas personas han demostrado interés por conocer el nombre del autor de un articulillo publicado en el último número de EL DOMINGO, titulado *Los Sábios locales*, y como en la redaccion de nuestro periódico siempre se puede publicar el nombre de los autores de los pocos trabajos que no lo llevan al pié, satisfaremos la curiosidad de algunos, diciendo que es original de nuestro amigo y Director literario D. José Millan Astray.

* * *

Saludamos con el mayor afecto á la nueva redaccion del periódico *El Telégrama*, y le deseamos toda clase de felicidades en la difícil empresa que acometen.